

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

# FILOSOFIA

Y

# LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA Y LETRAS

## 63-64-65

*ENERO-DICIEMBRE*

1957

*IMPRESA UNIVERSITARIA*

# **UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

**Rector:**

**DR. NABOR CARRILLO**

**Secretario General:**

**DR. EFRÉN C. DEL POZO**

## **FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

**Director:**

**DR. FRANCISCO LARROYO**

**Secretario:**

**MTRO. JUAN HERNÁNDEZ LUNA**

# FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA  
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

*Eduardo García Máynez*

DIRECTOR:

*Francisco Larroyo*

SECRETARIO:

*Juan Hernández Luna*

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria  
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país . . . . .	\$ 15.00
Exterior . . . . .	Dls. 2.50
Número suelto . . . . .	\$ 4.00
Número atrasado . . . . .	\$ 5.00

## Sumario

ARTICULOS		Págs.
Francisco Larroyo . . . . .	<i>Tipos históricos de filosofar en América durante la época colonial.</i> . . . .	13
Dr. Oswaldo Robles . . . . .	<i>Comentario al Libro III del alma de Fray Alonso de la Vera Cruz.</i> . . . .	29
Emilio Uranga . . . . .	<i>La crítica de Marx a Hegel.</i> . . . .	43
Luis Cernuda . . . . .	<i>William Wordsworth</i> . . . . .	55
Oliver A. Johnson . . . . .	<i>La necesidad del valor en un mundo de hechos.</i> . . . .	71
Dra. Paula Gómez Alonzo . . . . .	<i>Nicolás Maquiavelo.</i> . . . .	81
Rosa Krauze de Kolteniuk . . . . .	<i>Antonio Caso y el positivismo</i> . . . . .	113
Angel Ma. Garibay K. . . . .	<i>La Universidad y el Pueblo.</i> . . . .	130
Dr. José M. Gallegos Rocafull . . . . .	<i>La Universidad y la reconquista de la unidad humana</i> . . . . .	145
Juan Manuel Terán Mata . . . . .	<i>La reforma de las profesiones liberales</i> . . . . .	159

	Págs.
Luis Recaséns Siches . . . . .	<i>El humanismo de Alfonso Reyes</i> . . . . . 165
Juan A. Ortega y Medina . . . . .	<i>El sentido de la pugna angloespañola por el dominio oceánico en el siglo XVI</i> . . . . . 173
Gregorio López López . . . . .	<i>La Guelagueza</i> . . . . . 221
Amancio Bolaño e Isla . . . . .	<i>El ser y el poder ser</i> . . . . . 229
Pedro De Alba . . . . .	<i>Oración por Gabriela Mistral</i> . . . . . 239
Julio Jiménez Rueda . . . . .	<i>Don Marcelino Menéndez Pelayo y los heterodoxos españoles</i> . . . . . 245
Sergio Fernández . . . . .	<i>El tercer camino de Enrique Gil Gilbert</i> . . . . . 255
Sara Bolaño . . . . .	<i>Wenceslao Fernández Flórez y algunos aspectos de su obra</i> . . . . . 267
Teresa Aveyra Arroyo de Anda . . . . .	<i>El sentido de lo añoso y de lo nuevo en la poesía de Antonio Machado</i> . . . . . 279

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Inéz Vargas de Núñez . . . . .	<i>Iqbal's Educational Philosophy</i> (Saiyidain K. G.) . . . . . 309
Pedro De Alba . . . . .	<i>Francisco I. Madero: Apostle of Mexican Democracy</i> (R. Ross Stanley) . . . . . 313

	Págs.
Agustín Millares Carlo . . . . .	<i>Misiones argentinas en los archivos europeos</i> (Raúl R. Molina) . . . . . 315
Agustín Millares Carlo . . . . .	<i>La imprenta de Guayaquil independiente</i> (1821-1822). (Abel Romeo Castillo) . . . . . 318
Wonfilio Trejo . . . . .	<i>Lógica formal y lógica dialéctica</i> (Henri Lefebvre) . . . . . 319
Inéz Vargas de Núñez . . . . .	<i>El sexo en los sentimientos de inferioridad</i> (Efigenia Frangos) . . . . . 325
Elsa Hernández Cruz . . . . .	<i>Historia de la Revolución Mexicana (la etapa precursora)</i> . (Florencio Barrera Fuentes) . . . . . 328
Bonifacio Fernández Aldama . . . . .	<i>La Política Internacional de la Revolución Constitucionalista</i> . (Eduardo Luquín) . . . . . 332
Josefina Zoraida Vázquez . . . . .	<i>La Invención de América. El Universalismo de la Cultura de Occidente</i> (Edmundo O'Gorman) . . . . . 335
Edmundo Félix Escobar Peñaloza . . . . .	<i>La Filosofía Americana. Su razón y su sinrazón de ser</i> (Francisco Larroyo) . . . . . 338
Roberto Andrade Echauri . . . . .	<i>La Filosofía en la Universidad</i> (José Gaos) . . . . . 339
Mtro. J. Hernández Luna . . . . .	Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras . . . . . 343

## NICOLAS MAQUIAVELO

### EL HISTORIADOR, EL CRITICO SOCIAL, EL FILOSOSO Y EL PATRIOTA

I. Es un fenómeno inexplicable la falta de conocimientos, en nuestro medio, acerca de los grandes filósofos italianos. Ni siquiera conocemos la lista completa de ellos; la obra de los de nuestro siglo; las aportaciones originales a los diversos aspectos culturales de nuestro tiempo. No me refiero, por supuesto, a los dedicados exclusivamente al estudio, a las personas que ejercen cátedras o que se sienten responsables y obligados a conocer s mundo. Aun entre estos últimos, pueden encontrarse mayores conocimientos sobre los ilustres filósofos de otros países, aun sobre aquéllos cuya lengua los hace punto menos que inaccesibles, que sobre la sabiduría de Italia. No alcanzamos a clarificar las causas de este aislamiento entre el saber italiano y el de nuestro país, ya que existen grandes afinidades de cultura, y copiosísima producción intelectual en Italia.

Uno de los argumentos con que podemos probar lo anterior, es la opinión que sobre Maquiavelo sustentan, desde luego, el vulgo semi-erudito, pero aun personas de cultura superior. Las frases hechas y los lugares comunes tan crudamente condenatorios sobre Maquiavelo, se repiten por todas partes sin el menor cuidado de comprobarlas o de rectificarlas.

Cuando solamente se ha leído *El Príncipe*, si no se le interpreta, si no se llega a su honda intención hacia la unidad de Italia, al fin conseguida hace menos de cien años, después que Maquiavelo y otros muchos italianos la enarbolaron como bandera siglos antes, puede quedarse el lector superficial con los mismos prejuicios corrientes. Pero cuando se ha estimado esa obrita, la menos extensa del pensador, como un impulso

tan emotivo como intelectual, hacia la unidad de la patria italiana, hacia la recuperación del poder y del prestigio que antaño tuviera, cuando fue la Roma poderosa que estableció los fundamentos del Derecho, y que inició la universalización del pensamiento y de la cultura, apenas comenzamos a entrever el "maquiavélico" propósito de engrandecer de nuevo a su patria.

Mas, al leer la obra completa, o casi completa, que ha llegado hasta nosotros, no podemos menos de asombrarnos de la grandeza intelectual de este hombre y de la injusticia con que el vulgo lo ha tratado al llegar al absurdo de considerar a lo "maquiavélico" como lo diabólico, como lo refinadamente perverso, como lo absolutamente amoral, siniestro y turbio. Creemos que este es el único caso en el mundo, de semejante injusticia. Contra ella, en primer término, va dirigido este trabajo; pero, además, para procurar dar a conocer entre nosotros los aspectos tan valiosos de un pensador que se adelantó muchos siglos a la evolución humana; que formuló pensamientos hoy perfectamente válidos, y que observó tan cuidadosamente a la humanidad entera a través de la humanidad de su tiempo, y la criticó duramente, mucho más duramente que lo hayan hecho otros moralistas acusados de austeridad, pero nunca tan positivamente austeros como este crítico escandalizado de la estulticia humana, este cirujano que descubre la llaga purulenta, y que, al hacerlo, no aplica ningún anestésico, por lo que el enfermo, igual que un animal herido, se revuelve contra su médico y lo hiere.

## MAQUIAVELO Y SU TIEMPO

Nace Maquiavelo en Florencia, en el año de 1469, y pasa la primera parte de su vida en negocios políticos. La rica experiencia no exenta de desengaños que esto le proporcionó, culmina en la segunda parte de su vida, que es la que dedica a las letras.

Hoy sabemos que no podríamos comprender a ningún personaje, sin un conocimiento, punto menos que exhaustivo, de su tiempo. Los tiempos en que Maquiavelo vivió (1469-1527), son asaz complicados, y muy ricos en su complicación. Un curso completo de la historia de Italia se siente indispensable para conocer a tan complejo personaje, y además, capítulos muy especiales para la historia de Florencia, tan original y tan compacta. Mas, en un trabajo de esta índole, solamente podremos esbo-

zar los rasgos más característicos del mundo y del medio en que Maquiavelo vivió.

Florenia, de origen etrusco, desde muy atrás había tomado caracteres de la originalidad y profundidad que los etruscos, en cierta proporción maestros de los romanos, y anteriores a ellos, nos presentante la historia. Ciudad antigua, cuya economía fue solidificándose con los siglos, gracias a la laboriosidad industrial de sus obreros y la incansable movilidad de sus comerciantes que le aportaban lana de todas las regiones de Europa donde podían conseguirla, ya fuera tejida burdamente, ya fuera en bruto (ellos la refinaban), acumuló en manos de algunas familias una gran opulencia industrial y comercial, lo que fue ayudándoles a ser los árbitros políticos de su ciudad. Formó parte de Roma, y, como tal, fue destruída por los bárbaros (Totila), pero había llegado a ser una ciudad tan rica y estimable, que el mismo Carlomagno se preocupó por reconstruirla. En el siglo XII es ya una gran urbe comercial independiente, que conserva la forma republicana por la intervención constante del pueblo en los negocios públicos, forzada ésta última por la condición digna y noble de sus abundantes gremios obreros.

Nos damos cuenta por esto, que los florentinos conservan y cultivan dos grandes motivos de orgullo: su remota ascendencia etrusca, por una parte, y su constitución republicana, conservada como una herencia de Roma, por la otra. Florenia es, a principios de la época llamada Renacimiento, flor y espejo de los Estados de su tiempo.

Doscientos años antes que Maquiavelo, había nacido el Dante también en Florenia. Muy pocos años antes de la desaparición de Dante, nacen Petrarca y Bocaccio. Ya los maestros del Dante (Albertino Mussato, 1261-1330) y Brunetto Latino (1230-1294), nos parecen precursores del mismo Maquiavelo, por los asuntos de que se ocupan, por su estilo y por el reflejo de su tiempo que en sus obras se puede notar.

Maquiavelo, gran lector, seguramente poseía toda esta literatura que se considera decisiva en la reforma intelectual y social de Italia y del mundo entero. Le tocó presenciar grandes sucesos de su patria y de Italia, y hace la historia de lo que vio; pero, indudablemente, al relatar los sucesos de que había sido testigo, le preocuparon los antecedentes y las causas de ellos, y se dedicó al estudio de la Historia de Roma, la cual seguramente le produjo el efecto que a todo mundo produce, más intenso en los italianos cultos de todo el tiempo. Pues, la gran mutación de las for-

mas políticas y sociales que significaran las migraciones de los pueblos nórdicos, pueblos considerados muy inferiores en poder y cultura a la gran nación que destruyeron y pulverizaron, a la cual obligaron a constituirse en comunidades sociales de tipo diametralmente opuesto al romano, debe sacudir inmediatamente en la niñez, al italiano que estudia su historia; debe parecerle inexplicable esa mutación, injusta, posible de reparar (en cualquier tiempo), y en muchos prenderá el impulso que hemos visto florecer en el siglo pasado al rehacerse Italia como nación unida, y en nuestro siglo al constituirse en República después de los tremendos sufrimientos de las dos guerras que ha tenido que sortear, junto con el mundo entero; tal la evolución histórica de Italia, a la cual nadie habrá de estorbar.

Cien años antes del nacimiento de Maquiavelo, Nicolás de Rienzi moría, víctima de sus esfuerzos por realizar la unidad de Italia. Muy poco antes del nacimiento de Maquiavelo, Porcaro, en 1453, había realizado otro audaz intento de recuperar la unidad estatal de Italia. Dos brotes producidos casi en periodicidad, que son una especie de "erupción" externa de las lavas que nunca dejaron de circular bajo la piel de Italia dividida y feudalizada. Bastábale a un italiano ser persona culta y conocer su historia, para sentir la incomodidad y el desencanto de la situación de su patria, "venida a menos" después de haber sido el mayor valor del mundo occidental. Hoy, los italianos cultos han puntualizado o "encauzado" sus impulsos, nacidos de su historia, hacia la universalización de su saber, hacia la modernización de su ciencia, y es posible encontrar entre ellos algunos de los más amplios espíritus, de los más profundos conocedores de la real situación del mundo, gracias también a las remotas y cultivadas reminiscencias de la cultura de Roma.

Otras grandes agitaciones precedieron al nacimiento de Maquiavelo, fueron presenciadas por él, y le sucedieron sin arreglos inmediatos. Nos referimos a la época de los Concilios y de las disensiones papales; de las depuraciones dogmáticas y de los extremismos de la intolerancia religiosa. El Concilio de Constanza (1414), había mandado a la hoguera a Juan Hus en 1415; el de Trento (1545-1563), después de la muerte de Maquiavelo, tuvo como principal objeto la reforma de la iglesia católica contra el protestantismo, cuya tesis se publicó el 31 de octubre de 1517, diez años antes de la muerte de Maquiavelo. Júzguese de la inquietud espiritual, política y social en las que le tocó vivir y actuar.

Había nacido bajo el papado de Paulo II, a quien sucedió Julio VI. Después vino Sixto IV, quien persiguió a Florencia y a los Médicis, mandó asesinar a Lorenzo el magnífico quien escapó, habiendo perecido su hijo Julio. Este episodio es uno de los que Maquiavelo relata con mayor viveza en sus obras históricas. Presenció también el Papado de Alejandro VI. Otro Médicis fue Papa durante el tiempo de Maquiavelo, Juliano, quien tomó el nombre de León X, el llamado Gran Papa del Renacimiento.

La familia Médicis estaba en todo su esplendor. Cosme de Médicis había muerto en 1º de agosto de 1461, y Pedro de Médicis, su sucesor, moría en el mismo año del nacimiento de Maquiavelo. La obra más difundida y más discutida de Maquiavelo, *El Príncipe*, fue dedicada a Lorenzo el Magnífico, en cuya corte, como signo de sus tiempos, vivieron Miguel Angel y Pico de la Mirándola.

Los reyes contemporáneos de Maquiavelo, ante alguno de los cuales (Luis XII) le tocó desempeñar alguna de sus muy numerosas misiones diplomáticas, fueron el citado, y Carlos VIII de Francia. Vivió en la época de Carlos V y de Francisco I, los grandes árbitros de la Europa que todavía decidía de su suerte, aparentemente, por la voluntad de sus individuos destacados. Y para terminar el marco de la historia humana en que se movió Maquiavelo, revisándola a ojo de pájaro, recordemos que Constantinopla cayó en 1453 en poder de los turcos; que América se descubrió en 1492 (el mismo año de la muerte de Lorenzo el Magnífico) y que todos estos sucesos han marcado jalones importantes de la Historia. Casi podemos adivinar ya, sin buscar otros datos, cómo este mundo de Maquiavelo, formó y modeló su pensamiento y su acción; pues participó en el Consejo de los Diez, de su República; fue Embajador varias veces, ante reyes, Papas y grandes señores, y observó cuidadosamente a los hombres y a los pueblos con los que tuvo contacto. Creemos que estos datos, acumulados en torno de nuestro pensador, bastan como muestra para comprender el tiempo en que vivió, y comprender, al mismo tiempo al pensador, cuyos múltiples aspectos no es posible abarcar en un trabajo de la naturaleza del presente. Nos hemos propuesto estudiar en Maquiavelo, en primer lugar, al historiador; en segundo lugar, al crítico social; en tercer lugar al filósofo, y por último, al patriota. Maquiavelo, además de todo lo anterior, fue diplomático, organizador militar, político habilísimo, y, en sus tiempos de desgracia política, hombre sencillo de modestas

costumbres, que sabía conversar con las humildes e ignorantes personas que entonces le rodeaban.

Copiosa es la obra de Maquiavelo, su bibliografía; pero mucho más copiosa es la bibliografía *sobre* Maquiavelo. Se han escrito, para comentarlo, para censurarlo o para elogiarlo, muchos más volúmenes que los que él escribiera. Solamente recurriremos a las obras sobre Maquiavelo para comprobar algunas de nuestras afirmaciones acerca de él, y preferiremos siempre comentar el texto del propio autor, en favor de nuestra tesis en alto grado elogiosa del talento y de la habilidad, y aun de la moralidad, no hipócrita ni mojigata, sino sincera, abierta, y sobre todo, conocedora de la humanidad, que campeó en todos sus escritos.

### *Maquiavelo historiador*

Nicolás V, Papa de 1447 a 1455, había sido amigo y secretario de Cosme de Médicis, quien le encomendó formar una biblioteca para su uso particular. Así lo hizo, y, cuando después llegó al solio pontificio, fundó la Biblioteca Vaticana, considerando que si un particular, por muy poderoso que fuese, había logrado formar una valiosa colección de los mejores libros de su tiempo, el Papado necesitaba igualmente poseer, para su propio servicio y para su mejor información, su propia biblioteca. Entre otras obras de la antigüedad, mandó traducir las Décadas de Tito Livio. Los Discursos sobre las Décadas de Tito Livio, son una de las obras monumentales de Maquiavelo, indispensables hoy para quien quiera conocer de Historia.

Maquiavelo se entrega al estudio de la Historia a través de Tito Livio, con la oculta intención de estimular a quien la leyera a *imitar a los antiguos, a consultar en los antiguos*. En el arte se buscan los modelos antiguos, y se paga por ellos, aun por un fragmento, altísimos precios; y en la medicina y en los pleitos, "siempre se acude a los preceptos legales o a los remedios que los antiguos practicaban",

"Mas para ordenar las repúblicas, mantener los Estados, gobernar los reinos, organizar los ejércitos, administrar la guerra, practicar la justicia, engrandecer el imperio, no se encuentran ni soberanos, ni repúblicas, ni capitanes, ni ciudadanos, que recurran a ejemplos de la antigüedad; lo que en mi opinión procede, no tanto de la debilidad producida por los vicios de nuestra actual educación, ni

de los males que el ocio orgulloso ha ocasionado a muchas naciones y ciudades cristianas, como de no tener perfecto conocimiento de la historia o de no comprender, al leerla, su verdadero sentido ni el espíritu de sus enseñanzas...

Por deseo de apartar a los hombres de este error, he juzgado necesario escribir sobre todos aquellos libros de la historia de Tito Livio que la injuria de los tiempos no ha impedido lleguen hasta nosotros, lo que acerca de las cosas antiguas y modernas creo necesario para su mejor inteligencia, a fin de que los que lean estos discursos míos puedan sacar la utilidad que en la lectura de la historia debe buscarse." (Prólogo a los *Discursos*.)

En este jugoso párrafo encontramos uno de los más aceptados objetivos de la Historia: "el de maestra de la vida". Pero no se trata solamente de la vida individual, sino de la vida colectiva de los pueblos y de sus organizaciones e instituciones. Florencia e Italia no tenían, durante la vida de Maquiavelo, ni un ejército, ni un arte de la guerra, ni una organización de justicia, ni un imperio, comparables a los de los Romanos, ¿por qué? "Por la viciosa educación que esta generación está recibiendo, y porque ignora la historia", o porque no comprende "su verdadero sentido ni el espíritu de sus enseñanzas". Parécenos escuchar en este párrafo toda la palpitación del llamado Renacimiento. Ya no se toma la historia frívolamente, no se para mientes en el simple suceso, sino en el "sentido" de la historia, como diría un filósofo de hoy. Por esto precisamente, dice el doctor L. Géiger:

"abrió Maquiavelo una nueva era a la historia, porque huyendo por un lado del carácter de simple crónica... describe los sucesos escudriñando sus causas, analizando el carácter de los actores, siguiendo la marcha de los partidos políticos y explicando su origen y su desarrollo." (Oncken, t. 19, p. 104.)

Así es como debe leerse y como debe escribirse la historia, apunta ya Maquiavelo cuando todavía no existía la ciencia que hoy se llama Filosofía de la Historia, y que hoy tiende a gobernar al mundo. Maquiavelo aprecia de una ojeada todo el valor de la historia en su reflexión y en su análisis, todo el enorme significado de la historia como antecedente necesario de la historia de hoy; todo el provecho que ha de sacarse de la lectura de la historia por el simple particular, quien no ha de ver como muy difícil el emular los acontecimientos de la antigüedad,

“por juzgar la imitación, no sólo difícil sino imposible, como si el cielo, el sol, los elementos, los hombres, no tuvieran hoy el mismo orden, movimiento y poder que en la antigüedad”. (*Ob. cit.*)

Es decir, el hombre está sujeto a leyes y movimientos iguales a los cósmicos, y su ciclo de revoluciones no es más que un fenómeno natural como cualquier otro. Esto, que Maquiavelo dice con tanta seguridad, lo apunta Montesquieu con gran escándalo de los que lo leen, más de siglo y medio después que Maquiavelo, y todavía tiene dificultades con las autoridades del dogma. ¿Cómo habría de perdonársele este saber “maquiavélico” al fuerte conocedor y manejador de políticos en las postrimerías del Renacimiento?

Claro es que no puede decirse que Maquiavelo se sustraiga por completo al individualismo humanista clásico de su tiempo, y escribe la historia subrayando la importancia de los individuos. Pero es mucho ya, en su momento, conocer esas amplias leyes cósmicas que acabaron con el enorme poder y hasta con la cristalizada y orgullosa ciudadanía de Roma. Y si los hombres estudian su historia y la comprenden, y se adentran en sus leyes, bien pueden cooperar con el movimiento cósmico que vuelva a poner a Roma en la cúspide, para que vuelva a “rehacerse” como también soñaba Vico, siglo y medio más tarde.

Hagamos notar los muy juiciosos pensamientos de Maquiavelo en torno del problema económico, punto menos que desconocido entonces, y notaremos esa sagacidad maquiavélica que tiene que lastimar hondamente al potentado, al rico, al que tiene bastante fortuna para crear o deshacer una reputación. Varias veces (aquí anotaremos tres) insiste en la necesidad de que se mantenga al ciudadano pobre y al Estado rico. Como ustedes ven, esto es lo que más puede doler al ciudadano rico, pero anotemos textualmente estas tres observaciones en las que insiste, corriendo los peligros que al fin lo desprestigiaron en el lenguaje de la posteridad:

“Como en las Repúblicas bien organizadas el Estado debe ser rico y los ciudadanos pobres, necesariamente en Roma la ley era defectuosa, o porque no se hizo desde el principio de tal modo que no exigiera reformas a cada momento, o porque se tardó tanto en hacerla que era peligroso tocar a lo establecido, o porque, estando bien hecha desde su origen, se hizo mal uso de ella. Cualquiera que fuere el motivo, es lo cierto que siempre que se trató en Roma de esta ley hubo grandes disturbios... Los instintos ambiciosos de los nobles son tales, que si por varias vías y de diversos modos no son com-

batidos, pronto arruinarán al Estado. De suerte que si con las luchas ocasionadas por la ley agraria tardó Roma trescientos años en ser sierva, acaso hubiese llegado mucho más pronto a la servidumbre si la plebe, con esta ley y con sus otras muchas aspiraciones, no hubiese refrenado siempre la codicia y la ambición de los nobles. Se ve también en este caso cuánto más estiman los hombres los bienes que los honores; porque la nobleza romana en lo relativo a estos últimos siempre cedió sin grande oposición, a la plebe; pero al tocar a los bienes, los defendió con tanta obstinación, que el pueblo, para saciar su apetito, tuvo que acudir a los extraordinarios medios antes citados." (*Discursos sobre Tito Livio*, t. 191 de la B. C., pp. 102-104.)

*Pobreza de Cincinato y de muchos ciudadanos romanos*

"Ya hemos dicho que las disposiciones más útiles en una república son las que sirven para mantener a los ciudadanos en la pobreza, y aunque no se sepa que hubiera en Roma leyes ni ordenanzas encaminadas a producir este efecto, máxime siendo la ley agraria objeto de tanta impugnación, sin embargo, demuestra la experiencia que cuatrocientos años después de la fundación de la ciudad había en ella grandísima pobreza. Puede creerse que si se acomodaban los romanos a vivir pobremente era porque la escasez de recursos no impedía obtener los más altos cargos y honores. Se buscaba la virtud en cualquier casa que habitase, y este modo de vivir disminuía la ambición de riquezas." (*Id.*, p. 357.)

"Teniendo al Estado rico y al ciudadano pobre, es como se hacen grandes las repúblicas y extienden su poder." (*Id.*, p. 226.)

No son estas las únicas muestras de lo que el pensamiento de la riqueza y de la economía general preocupaba a Maquiavelo. Constantemente se le ve estudiar con cuidado el problema económico, en algunas ocasiones, en forma tan clara, como en su pintoresca historia de la guerra de Volterra, en la que una colina fue tomada y abandonada varias veces, por la posesión, exclusivamente, de una mina de alumbre.

Hemos de presentar algunos trozos, cada uno con ligero comentario, o bien dejando el comentario a nuestros oyentes, sobre los juicios que Maquiavelo hace acerca de la importancia de la economía en todos los movimientos de la historia. Muchos de estos juicios tienen una asombrosa actualidad.

Por ejemplo, de la vida de Castruccio Castracani, una de las obras históricas que pudieran llamarse de minucioso individualismo, destacamos el párrafo siguiente:

“Sucedió en aquel tiempo que el pueblo de Roma se alborotó por la carestía de viveres...” Partió Castruccio a “Roma, donde le recibió Enrique con extraordinarios honores, y en brevísimo tiempo su presencia acrecentó de tal manera el poder del imperio, que sin efusión de sangre ni otras violencias se calmaron los ánimos, a lo cual contribuyó eficazmente la venida por mar de una gran cantidad de trigo, enviada a buscar a Pisa por orden de Castruccio.”

Cita Maquiavelo una ley expedida para que ningún ciudadano pudiera tener castillos a menos de veinte millas de Florencia (1340). Esto no solamente alude a lo económico, sabiendo la absorción de riqueza que todo castillo significaba, sino el horror político de Florencia al sistema feudal, pues el florentino conservó siempre sus derechos, de los cuales fue muy celoso aun bajo los mayores tiranos, y una gran dignidad humana, pues se sentía superior aun a sus conquistadores extranjeros y a sus enemigos internos, a los que juzgaba mal por haber abandonado las tradiciones y las prácticas de su ascendencia romana. Ya mencionaremos, al hablar de la Historia de Florencia, la admirable arenga de un obrero, asentando, postulando, en la Plaza de la Señoría, ¡en 1378!, la igualdad humana.

“El propósito de cuantos emprenden una guerra siempre fue, y es natural que así sea, enriquecerse y empobrecer al enemigo. Las victorias y las conquistas se apetecen para aumentar el poderío del vencedor y debilitar al adversario. De aquí resulta que, cuando la victoria empobrece o la conquista debilita, se traspasa o no se llega al fin con que fue la guerra emprendida. Los monarcas o las repúblicas se enriquecen con la guerra, cuando, extenuado el enemigo, son dueños del botín y de los tributos; pero la victoria empobrece a los que, venciendo, no destruyen a sus enemigos, y si el botín y los tributos no es presa de los gobiernos vencedores, sino de los soldados. Quienes se encuentran en este caso son desdichados si en la guerra pierden, y desdichadísimos si triunfan, porque, perdiendo, sufren las ofensas de los enemigos, y venciendo, las que les ocasionan los amigos, que, por ser menos razonables; son más insufribles, ocasionando la necesidad de imponer nuevos gravámenes y tributos a los súbditos; de suerte que, si el gobierno vencedor tiene sentimientos huma-

nos, no puede alegrarse de las victorias que entristecen a los gobernados.

Todos los párrafos anteriores nos muestran no sólo al historiador que ahonda en las causas de los sucesos y que los contempla de un punto de vista más amplio que el simple relatador de anécdotas. Esa visión de lo económico ha venido a hacerse patente en el siglo pasado, con sus antecedentes en el siglo dieciocho, especialmente por la observación razonada del empobrecimiento inexplicable con el aumento de impuestos en las últimas cortes francesas, y de la incontenible bancarrota de la monarquía francesa, cuya ignorancia supina en materia económica ocasionó su caída, por quebrantar, consciente o inconscientemente (en el caso del último Luis, inconscientemente), las leyes económicas que comenzaban a ser estudiadas por los fisiócratas, en el siglo XVIII. Pero Maquiavelo estudia y observa todo esto en el siglo XV, al final, y en el primer cuarto del XVI, pues recordemos que muere en el 1527. Una anticipación de dos siglos siempre ha sido celebrada como reveladora de una superioridad de talento, que muy pocos hombres han alcanzado.

En todos estos párrafos, decimos, podemos encontrar al historiador, junto con los otros caracteres que hemos de estudiar, pues ya ha hecho sus atisbos el crítico social, el filósofo y el patriota; no es que pretendamos, ingenuamente, fraccionar su personalidad en cuatro, sino que hemos escogido, entre su obra, los párrafos que son más reveladores para cada aspecto, y estos son los que mostramos en cada uno de los capítulos correspondientes.

En este párrafo siguiente, tomado de la Historia de Florencia, notemos la descripción del clásico movimiento migratorio propio de los pueblos particularistas, y que, en sus últimas raíces, procedente del medio geográfico que condicionaba la vida en los fiordos, según los escritores clásicos, dio origen a las llamadas invasiones de los bárbaros y al propio sistema feudal:

“Los pueblos que habitan al norte del Rin y del Danubio, ocupando regiones feraces y sanas, llegan a ser a veces tan numerosos que muchos véanse obligados a abandonar el patrio suelo en busca de nuevas tierras donde vivir. Cuando alguna de aquellas provincias quiere librarse del exceso de población, divide a ésta en tres partes, de forma que en cada una de ellas haya igual número de nobles y plebeyos, de ricos y de pobres, y echadas suertes, la parte a quien

le toca va en busca de fortuna, y las otras dos, descargadas de un tercio de la población, gozan de los bienes de la patria." (*Historia de Florencia*, p. 10.)

Véase aquí a la humanidad no precisamente primitiva, pero sí bastante antigua, emprendiendo esas migraciones que tantas veces transformaron los mapas políticos. Esa ha sido siempre la causa de las migraciones, aun cuando se les quiera buscar otras, por ejemplo las religiosas. La obediencia al sacerdote en busca de una señal del dios, muy explicable dentro de la psicología de las masas se debía a que el sacerdote guía tenía conocimientos geográficos y económicos de los que se valía para guiar a sus tribus sometidas por terrores o esperanzas místicas.

La historia simplemente anecdótica y pintoresca, era la más usual en estos tiempos. La que escribe Maquiavelo, da tanto al hecho aislado como al individuo, toda la importancia que le era inevitable darles, pero, emprende la comparación, la cual es tan difícil entre entidades diversas. Interesantísimo es el paralelo entre Florencia y Roma, que desarrolla en el libro III de la Historia de Florencia, y del cual no podemos menos que copiar lo siguiente:

"Las graves y naturales enemistades que existen entre plebeyos y nobles, por querer éstos mandar y aquéllos no obedecer, fueron causa de todos los males de la ciudad; porque de esta diversidad de inclinaciones toman aliento todas las demás cosas que perturban las repúblicas. Esto mantuvo la desunión en Roma; esto, si es lícito comparar las cosas pequeñas con las grandes, ha mantenido la división en Florencia. En ambas ciudades, sin embargo, produjeron distintos efectos, porque las enemistades que al principio hubo en Roma entre la nobleza y el pueblo, terminaban en disputas, y en Florencia en combates; las de Roma con una ley; las de Florencia con el destierro o la muerte de muchos ciudadanos; las de Roma siempre aumentaron la virtud militar; las de Florencia la extinguieron completamente; las de Roma, de la igualdad entre los ciudadanos, condujeron a una desigualdad grandísima; las de Florencia, de la desigualdad a la completa igualdad. Esta diversidad de resultados procede de los distintos fines que se propusieron ambos pueblos; porque el de Roma deseaba obtener y desempeñar, como los nobles, las primeras dignidades, y el de Florencia combatía para ejercer sólo y sin participación de los nobles la gobernación del Estado."

Hétenos aquí de nuevo ante la igualdad, la igualdad política en un pueblo del siglo XVI. Realmente, Florencia ha sido un ejemplo para toda la humanidad, aun en medio de otros de sus aspectos que pudieran tacharse de corrompidos. Pero el documento más asombroso acerca de la igualdad, es quizá el escrito de los ciudadanos a los señores de Florencia, describiendo el estado general y las situaciones penosas por las que pasaba Florencia. No podemos menos de leer íntegro tal documento, pues revela tanto valor social de parte de los que lo escribieron, como acuciosidad de Maquiavelo para escogerlo al describir la historia de su ciudad:

“Dudaban muchos de nosotros, magníficos señores, reunirse para tratar el bien público por iniciativa privada, temiendo que se les tachase de presunción o se les condenara como ambiciosos; pero en vista de que todos los días, y sin miramiento alguno, muchos ciudadanos se reúnen en las casas y otros sitios, no por motivos de utilidad pública, sino por lo que a su interés personal conviene, creemos que, haciéndolo sin temor los que procuran la ruina de la república, menos debemos temer reunirnos los que atendemos al bien común, no cuidándonos del juicio que merezca esta determinación nuestra a los que tampoco se cuidan del juicio que sus actos nos merecen. El amor que tenemos, magníficos señores, a nuestra patria, nos ha hecho reunirnos y venir a vosotros para tratar del mal que ya se ve grande y aun crece en nuestra República, y ofreceros nuestra ayuda para extinguirlo; cosa que podréis conseguir, aunque parezca difícil la empresa, dejando a un lado las consideraciones privadas, y apoyando en las fuerzas públicas vuestra autoridad. La común corrupción de todas las ciudades de Italia, magníficos señores, ha corrompido y corrompe aún la nuestra, porque desde que esta provincia se emancipó del Imperio, sus ciudades, no teniendo freno que las contuviera, se han gobernado, no conforme a los principios de libertad, sino a los intereses de los bandos que las dividen. De éste han nacido los demás males, los demás desórdenes suscitados. No existe unión ni amistad entre los conciudadanos, sino entre los que traman alguna maldad contra la patria o contra los particulares. Extinguidos en todos el sentimiento religioso y el temor a Dios, el juramento y la palabra dada sólo se cumplen cuando conviene. De ellos se valen los hombres, no para observarlos, sino como recurso para engañar más cómodamente, y cuanto más fácil y seguro es el engaño, tanto más se alaba y glorifica. De aquí que al perverso se le califique de ingenioso, y al bueno se le moteje de estúpido. En las ciudades de Italia se ruine, en verdad, todo lo que puede ser corrompido y lo que puede corromper. La juventud ociosa, la vejez lasciva, todo sexo y edad vive entregado a las más viciosas costumbres, cosa que

no remedian las buenas leyes, porque los malos usos las hacen ineficaces. De aquí nace la avaricia que en los ciudadanos se nota, y la sed, no de verdadera gloria, sino de vituperable fama; de aquí los odios, las enemistades, los disgustos, los bandos; de aquí los homicidios, los destierros, la aflicción de los buenos, el engrandecimiento de los perversos. Porque confiando aquéllos en su inocencia, no buscan, como éstos, quienes les defiendan y alabe, y sin alabanza y defensa perecen. Esto origina la afición a los bandos y el poder que ejercen, porque a ellos se acogen por avaricia o ambición los malos, y por necesidad los hombres honrados. Y lo más pernicioso es ver cómo los promovedores y jefes de estos partidos disfrazan sus intenciones y propósitos con nombres dignos de respeto, pues siendo todos enemigos de la libertad, la oprimen, suponiendo defenderla, o con el gobierno de los nobles o con el de los plebeyos. El premio que ambicionan de la victoria no es la gloria de devolver a su ciudad la libertad, sino la satisfacción de vencer al adversario y de usurpar el poder. Si lo consiguen, no hay acto injusto o cruel ni prueba de avaricia que no se atrevan a cometer. Las leyes y los reglamentos no se hacen por utilidad pública, sino por interés privado; las guerras y las paces y amistades, no para gloria de todos, sino para satisfacción de pocos. Si tales desórdenes existen en las otras ciudades, más que a todas ellas, manchan a la nuestra, porque las leyes, los estatutos, la organización civil, se han formado y se forman, no con arreglo a los principios de libertad, sino conforme a la ambición del bando triunfante. Por ello, desterrado un partido y suprimida una división, surge siempre otra; que las disensiones son inevitables en el seno de la facción vencedora, cuando la ciudad se rige más por los bandos que por las leyes, no bastando entonces para su defensa las que en tiempos normales se hacen para su conservación. Nuestras divisiones antiguas y modernas demuestran la verdad de lo que decimos. Todos creían que, expulsados los gobelinos, vivirían los güelfos después largo tiempo felices y respetados; pero no tardó la división de Blancos y Negros. Vencidos los blancos no desaparecieron por ello las facciones de la ciudad; ora por favorecer a los emigrados, ora por la enemistad entre el pueblo y la nobleza, siempre estuvimos combatiendo y, para dar a otros lo que, por falta de acuerdo, no podíamos o no queríamos poseer, al Rey Roberto, a su hermano, a su hijo, y por último, al Duque de Atenas sometimos nuestra libertad. —Sin embargo, ningún régimen es duradero entre nosotros, porque ni nos ponemos de acuerdo para vivir libres, ni nos conformamos con ser siervos. Y tan dispuestos estamos siempre a los desórdenes que, viviendo obedientes a un rey, no titubeamos en posponerle a un vilísimo hombre nacido en Agobbio. —Por honor de esta ciudad no debe recordar al Duque de Atenas, cuya crueldad

y tiranía debió hacernos avisados y enseñarnos a vivir: no obstante, apenas fue expulsado, empuñamos las armas, y con más odio y más ira que en ninguna otra ocasión, combatimos unos contra otros, quedando vencida y al arbitrio del pueblo nuestra antigua nobleza. — Creyeron entonces muchos que no habría ya motivo de escándalos ni de partidos en Florencia, por haber enfrenado a aquellos que por su soberbia e intolerable ambición eran, al parecer, motivo de ellos; pero la experiencia demuestra hoy cuán falaz es la previsión humana y falsos sus juicios; porque la soberbia y la ambición de los nobles no desaparecieron, sino pasaron a nuestros conciudadanos, quienes, como todos los ambiciosos, procuran tener los primeros puestos en la República, y siendo las discordias el único modo de conseguirlos, han dividido nuevamente la ciudad, resucitando los nombres de güelfo y gibelino, que se habían olvidado, y que ojalá no hubieran existido nunca en esta República. — Para que ninguna cosa humana sea fija y perpetua, permite el cielo que en todas las repúblicas haya familias fatales que nacen para la ruina de su patria, y en la nuestra las ha habido más que en ninguna otra, pues no una, sino varias, la han perturbado y afligido. Esto hicieron primero los Buondelmonti y Uberti; después los Douati y Cerchi, y ahora, ¡oh cosa vergonzosa y ridícula, los Ricci y Albizzi la agitan y dividen. — No os hemos recordado la corrupción de costumbres y nuestras antiguas y continuas divisiones para asustaros, sino para que tengáis presente sus causas, demostraros que, como vosotros, no las hemos olvidado, y deciros que el ejemplo de las anteriores no debe desalentarnos para refrenar las actuales. — El poder de las antiguas familias era tan grande y tanto el crédito que gozaban con los príncipes, que las leyes y reglamentos civiles no bastaban para contener su ambición; pero ahora que el Imperio carece de fuerza, que no se teme al Papa y que todos los Estados de Italia, y en particular nuestra República, son tan independientes que pueden gobernarse por sí mismos, no ofrece esta empresa gran dificultad. — Nuestra ciudad especialmente, no obstante los ejemplos del pasado que en contrario se aleguen, no sólo puede mantener la unidad en su seno, sino también mejorar las costumbres y las instituciones, si Vuestras Señorías deciden hacerlo. Por amor a la Patria y no por interés particular nuestro, a ello os excitamos. Aunque la corrupción sea grande, apresuraos a cauterizar esta llaga que la corroe, esta rabia que la aniquila, este veneno que la mata, e imputad las antiguas turbulencias no a la naturaleza de los hombres, sino a los tiempos. Estos han cambiado y podéis esperar, mediante mejor gobierno, mejor fortuna. La malignidad de ésta con la prudencia se vence poniendo freno a la ambición, anulando las instituciones que favorecen los bandos y sustituyéndolas con las que convienen a las costumbres y modo de vivir de un pueblo libre. Pre-

ferid hacerlo ahora por medio de la benignidad de las leyes, a diferirlo hasta que los hombres se vean obligados a realizarlo con la violencia de las armas.”

(De la Historia de Florencia, libro tercero, párrafo v, p. 159 del t. 156 de la Biblioteca Clásica, Madrid, 1892.)

Algunos de estos hermosos párrafos tienen un clásico sabor, y en otros, admiramos el valor civil, el tono de igualdad, la serena confianza con que, en 1372, se habla en Florencia a los grandes señores. De todos modos, nada nos pinta mejor la situación.

Nos parece, que, con los ejemplos que hemos presentado para probar la gran calidad de Maquiavelo como historiador, bastaría para concederle la estimación que todo historiador cuidadoso merece de su posteridad.

Hace ciento veinte y cinco años, se extinguía Hegel, uno de los grandes en Historia moderna y en Filosofía de la Historia Contemporánea. En su obra sobre Filosofía de la Historia, divide la Historia en Inmediata, Reflexiva y Filosófica. La Inmediata, es la relatada por los testigos, por los que vivieron en la contemporaneidad. Entre los ejemplos de estas historias, cita a Herodoto, a Tucídides y Guicciardini, historiador de Italia en el período de 1492-1534. (Se dice de Guicciardini que fue amigo de Maquiavelo, y hasta se piensa que él terminó la Historia de Florencia.) Es decir, la Historia de Florencia, escrita por Maquiavelo, es un tipo de Historia inmediata, según Hegel.

Además, la Historia Reflexiva, la cual se subdivide en general, pragmática, crítica y especial, para cuyas especies encuentra Hegel el carácter general de trascender del presente. “Su exposición, dice, no está planeada con referencia al tiempo particular, sino al espíritu, allende el tiempo particular.” Como hemos visto, tanto por el pasado como por el presente, las obras históricas de Maquiavelo se ajustan a este modelo. Mas luego viene en Hegel la Historia Filosófica, cuya punto de vista “es universal”, según Hegel. Aunque hemos de considerar más adelante la actitud filosófica de Maquiavelo, en sus textos de Historia como en otros, aquí anticipamos cómo Maquiavelo, cuatrocientos años antes de Hegel, ya presenta puntos de vista críticos y universales en sus trabajos históricos.

Hasta este momento, hemos considerado el aspecto de historiador en Maquiavelo. Después consideraremos su aspecto de crítico social, duro

y amargo, que es, según nuestra opinión, el más característico y el más hiriente para la humanidad, la que no ha podido perdonarle. Enseguida solamente veremos algunos de sus párrafos de crítica social, más discutidos, no sólo en Italia, sino en el mundo entero.

*Maquiavelo, el crítico social*

En su comedia picaresca, *La Mandrágora*, fustiga la ignorancia, la superstición y la venalidad. Los vicios humanos, de cualquiera especie, son descaradamente descritos, se hace burla y escándalo con ello. En nuestros días, Maquiavelo habría sido, además, un psicólogo, por su intenso y extenso conocimiento acerca del hombre. Como todavía se piensa en el origen divino, dilecto, de la humanidad, se exige esa perfección en todos los hombres: el que no la practica, es sencillamente execrable. Maquiavelo se burla de la humanidad, se burla haciéndola mirarse en un espejo. He dicho en otra parte: "Lo que constituye su aparente inmoralidad (de Maquiavelo) es la descripción del hombre tal cual es y no tal como debiera ser. Para él no existe la simulación ni la hipocresía al describir a los hombres. Así son, así actúan, así reaccionan. Creemos que la psicología actual le da la razón a Maquiavelo en su concepto moral del hombre. La naturaleza es perversa, es bestial, "a eso se debe que todos los profetas armados venzan y que sucumban los que no lo están".

No es solamente en *La Mandrágora* donde se burla de la conducta de la humanidad. Con una gran amargura, le dice al Príncipe: "Porque puede decirse que todos los hombres en general son ingratos, falsos, inconstantes, cobardes ante el peligro y ávidos de ganancias. En tanto que les haces el bien, están a tu disposición, te ofrecen su sangre, sus bienes, sus vidas, sus hijos, como ya he dicho, cuando no los necesitas; pero así que te hallas en peligro, se sublevan."

Como hicimos notar, esto lo dice con amargura, de ninguna manera aprobándolo o aconsejándolo. Simplemente describe lo que hacen "todos los hombres en general".

Es cierto que en *El Príncipe*, pueden encontrarse consejos y sugerencias e incitaciones hacia una conducta que no es precisamente ajustada a los cánones éticos de su tiempo y de su medio. Pero esos mismos consejos, los que constituyan más graves cargos contra Maquiavelo, por una parte, son el resultado de una clara y continua experiencia sobre los.

hombres y su conducta, sobre las prácticas reales y positivas en su época; por otra parte, pudieran llamarse "recursos de desesperado", es decir; recursos de triunfo viable, para lograr, a todo trance, el alto fin de la unidad y de la recuperación de Italia; hasta la independencia de algunas de sus provincias, sujetas a regímenes extranjeros. Pongamos algunos ejemplos de esto que afirmamos:

"Y puesto que se vivía en tiempos en que apenas era tenida en cuenta la justicia o injusticia de las causas, prescindiendo de este aspecto de la cuestión, trataría sólo de la utilidad de la empresa." Historia de Florencia, libro v, cap. xix. (Discusiones sobre la guerra a los luqueses.)

"al referir los acontecimientos de este siglo corrompido, no se hablará del esfuerzo de los soldados, ni del valor de los capitanes, ni del amor a la patria de los ciudadanos; pero sí de cuáles engaños, de cuáles astucias y artes los príncipes, los soldados, y los jefes de las repúblicas se valían, para mantener una reputación que no habían merecido; cosas no menos útiles de saber que las proezas antiguas; porque si éstas impulsan a los ánimos generosos para imitarlas, aquéllas les advierten lo que debe despreciarse y evitarse."

(Misma obra y capítulo, un poco más adelanté.)

Como vemos, Maquiavelo, si describe la maldad, "es para despreciarla y evitarla". Jamás, en ninguno de sus escritos, deja de censurar, o cuando menos de ironizar la mala conducta. Una amarga ironía se puede encontrar en esta otra nota:

"Deseaba Sforza la posesión de Pavía, pareciéndole que era buen principio para realizar sus proyectos; y no le contenía el temor y la vergüenza de faltar a su palabra, porque los grandes hombres llaman vergüenza el perder y no el adquirir con engaño"

Aquí está la crítica a los grandes hombres, todos los cuales han hecho costumbre (es decir, "moral"), al adquirir con engaño. ¿Podríamos decir que en estos nuestros tiempos, ya desaparecieron esos grandes hombres, para quien es más vergonzoso perder que faltar a su palabra? ¿No hemos seguido viendo execrables ejemplos, tanto en la conducta personal y privada, como en la conducta colectiva de las naciones, y en la de los gobernantes, tanto como individuos, como representando a sus instituciones? No tenemos más que abrir cualquier periódico del día, y encon-

traremos muy ricos ejemplos de los mismos vicios que Maquiavelo fustiga. ¿Va a acusarse al censor, y no a los censurados? Parécenos que el odio y la maldad de los acusados salpicó a Maquiavelo ¡tanto se revolviéron en él, y se siguen revolviendo, los acusados!

Otro párrafo que le costó muy caro a Maquiavelo:

“Llamo nobles o caballeros en este caso, a los que viven ociosamente de las rentas de sus numerosas posesiones, sin cuidarse para nada de cultivarlas ni tener ninguna otra ocupación o profesión de las necesarias para la vida. Los que en este caso se encuentran son perniciosos en cualquier república o Estado, y aun lo son mucho más los que no sólo tienen bienes, sino también castillos y súbditos que les obedezcan. —De estas dos clases de hombres están llenos el reino de Nápoles, la comarca de Roma, la Romaña y la Lombardía, siendo causa de que en estos países ni haya repúblicas ni ningún gobierno estable, pues tales hombres son completamente enemigos de todo régimen bien ordenado. Imposible sería fundar repúblicas en estos países que sólo cabe reorganizar con gobiernos monárquicos, porque donde la corrupción es tan grande que no bastan las leyes para contenerla, se necesita la mayor fuerza de una mano real, cuyo poder absoluto y excesivo ponga freno a las ambiciones y a la corrupción de los magnates.”

Este magnífico párrafo es uno de los que más claramente expresan el pensamiento político de Maquiavelo. Era republicano por la tradición de su patria (que no es de las mencionadas en la lista de comarcas dañadas por el insoportable régimen feudal) y había visto a los tiranos, por muy abominables que fuesen en sus prácticas, consolidar a sus países: el sombrío ejemplo de Luis XI de Francia, se cristalizaba en el poder del reino de Francia en la época de Maquiavelo. De aquí su ambición por “un príncipe”, un tirano que *con mano férrea reduzca a los nobles a la impotencia*, que una vez reunido un país en una sola institución, su sola “evolución” (no usó este término Maquiavelo, pero presentía su significado, como lo veremos más adelante), lo llevaría a la forma republicana. Para Maquiavelo, el imperio sería un mal necesario, una transición indispensable para arribar al ideal estado republicano, democrático y popular. Mas esto debemos estudiarlo un poco más adelante, cuando nos detengamos a considerar los pensamientos y las doctrinas filosóficas de Maquiavelo; como ya hemos visto, por los botones anteriores de muestra,

que es un verdadero flagelador de los vicios y de los crímenes de su época, de los personajes más poderosos, y de la rudeza humana en general. Una última muestra de lo que asentamos, en el párrafo siguiente:

“Los hombres se engañan con frecuencia respecto a la adhesión de sus amigos, la cual sólo se conoce por experiencia, y la experiencia en estos casos es por demás arriesgada. Y aunque en otra ocasión de peligro hubieras probado con buen éxito la amistad de algunos, no es posible por esta prueba confiar en el aspecto personal, al tratar de asunto infinitamente más peligroso.”

### ALGUNAS DE LAS IDEAS FILOSOFICAS DE MAQUIAVELO

En la época de Maquiavelo no existía aún la psicología como ciencia independiente, ni menos aún la psicología experimental. Los estudios sobre el hombre y su conducta, pertenecían a los dominios de la Metafísica. Primeramente por esta curiosidad sobre el hombre y su conducta, luego por las críticas y censuras sobre ella, y en tercer término por la habilidad de Maquiavelo al convencer, como diplomático, a los personajes ante los que desempeñó misiones de su patria, puede considerársele como un psicólogo, es decir, como un filósofo, en sus tiempos.

Mas, su calidad de historiador, pronto lo lleva a reflexionar sobre la humanidad en general, su actuación, su situación en el mundo, y el papel que debe desempeñar, lo mismo que sobre las causas de todo esto. Aquí es donde Maquiavelo despliega su talento filosófico, del cual consideraremos también unas cuantas muestras.

Una oculta reminiscencia del paganismo romano, le lleva a considerar a la fortuna, como un factor de la historia. Esto, que pudiera tomarse en demérito de su talento y de su sabiduría, es muy explicable todavía en los tiempos de Maquiavelo, cuando muchas de las causas por las que la humanidad se agita, no eran todavía conocidas. Pero casi constituyen un engalanamiento de tipo artístico sus juicios sobre la fortuna, y no podemos menos de presentar a ustedes, como punto de partida (y solamente a título de curiosa reminiscencia pagana que no deja nunca de observarse en otros pensadores italianos, como San Agustín mismo antes, y como Vico después), algunas de sus frases sobre la fortuna:

“Presumo que la fortuna desea mostrar así al mundo ser ella y no la sabiduría la que hace los grandes hombres, empezando a probar su poder cuando la sabiduría nada influye y es por tanto preciso reconocer que de aquélla depende todo.”

(De la Vida de Castrucio Castracani, trad. de Luis Navarro, en la Biblioteca Clásica española, ed. 1892.)

En este párrafo, y en algún otro que comentaremos después, más bien nos parece que duele la herida de no haber sido él afortunado, que no lo fue nunca, a pesar de su gran talento, a pesar de sus buenos servicios a su patria, y a pesar de sentirse él, seguramente, muy superior a muchos de sus contemporáneos, más afortunados que él. Es un párrafo lleno de amargura, en el que se ve obligado a explicarse por la fortuna los éxitos de otros, ya que la sabiduría “nada influye”. Sin embargo, en otro párrafo, que ya no es tan personal, elimina a la fortuna en su hacer la historia, y encuentra ya muy claro encadenamiento de causas para los sucesos humanos. En el Capítulo I del libro II de los Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio, que se titula así:

“De si fue el valor o la fortuna lo que más contribuyó a agrandar el imperio de los romanos”,

dice así:

“Muchos, y entre ellos Plutarco, escritor de grande autoridad, han creído que al pueblo romano favoreció más la fortuna que el valor en la conquista de su vasto imperio, y dicen entre otras razones, que se demuestra por confesión propia de aquel pueblo deber a la fortuna sus victorias, pues a ésta edificó más templos que a ningún otro dios. Parece que el mismo Tito Livio es de esta opinión, pues rara vez hace hablar a algún romano del valor sin que añada la fortuna. Ni soy de esa opinión, ni creo que pueda sostenerse, porque si no ha habido república alguna tan conquistadora como la romana, es porque ninguna fue organizada para conquistar como ella. Al valor de sus ejércitos debió su imperio, y a sus propias y peculiares leyes, dadas por su primer legislador, el conservarlo, según probaremos cumplidamente en los capítulos sucesivos. —Dicen aquéllos que si los romanos no tuvieron nunca a la vez dos peligrosas guerras, debióse a la fortuna y no a la habilidad de este pueblo, pues no guerrearon con los latinos sino después de batir a los samnitas;... ni combatieron con los toscanos sino después de sojuzgar a los latinos

y debilitar y casi extinguir con numerosas derrotas el poder de los samnitas . . . antes que en el victorioso resultado, fijese la atención en el orden de estas guerras y en el modo de proceder en ellas, y se verá que a la fortuna se unen grandísimo valor y no menor prudencia; de suerte que quien investigue las causas de las victorias encontrarálas fácilmente . . .

Como vemos, ya la fortuna va dejando el paso a la causalidad, pero siempre queda en el fondo, un velado homenaje a la diosa veleidosa de los ojos vendados. Lo inexplicable, lo que nuestros conocimientos no logran alcanzar; lo que ignoramos, es lo que le dejamos a la fortuna, a pesar de la energía con que dice nuestro autor; “ni soy de esta opinión, ni creo que pueda sostenerse”.

Mas, eso de la fortuna, lo conocemos muy bien los pueblos débiles, los que en el curso de nuestra historia hemos sufrido conquistas y despojos, e ignoramos nuestra historia propia por la destrucción que de ella han hecho los vencedores. Un poco antes del párrafo que hemos citado, en el prólogo del libro segundo, encontramos una importante alusión a estas nuestras historias escritas por los vencedores, que han sido los propios historiadores en casi todo el curso de la historia, pues al vencido no le queda muchas veces ni la supervivencia física. Oigamos y juzguemos este párrafo siguiente, y encontrémosle, como a todo lo que Maquiavelo escribe, tanto la aplicación como la explicación en nuestros tiempos.

“Alaban siempre los hombres, y no siempre con razón, los antiguos tiempos y censuran los presentes, mostrándose tan partidarios de las cosas pasadas que no sólo celebran lo conocido únicamente por las narraciones, sino lo que, al llegar a la vejez, recuerdan haber visto en su juventud. Estas opiniones son muchas veces erróneas y, en mi concepto, se fundan en varias causas. Es la primera el no conocerse por completo la verdad respecto de los sucesos antiguos, ignorándose las más veces lo que podría infamar aquellos tiempos, mientras que lo que les honra y glorifica es referido en términos pomposos y con grandes ampliaciones. La mayoría de los escritores obedece de tal suerte a la fortuna de los vencedores que, por enaltecer sus victorias, no sólo exageran lo que valerosamente hicieron, sino hasta la resistencia de sus enemigos; de modo que los descendientes de los vencedores y de los vencidos tienen sobrados motivos para maravillarse de aquellos hombres y de aquellos tiempos y se ven obligados a elogiarlos y a amarlos.”

Maquiavelo postula aquí la necesidad de la crítica histórica, una crítica imparcial y depuradora. Doscientos años después que Maquiavelo, Voltaire dice que la filosofía de la historia debe partir de la crítica de la historia. Reflexionemos aquí sobre la aguda desconfianza (por supuesto, entonces seguramente juzgada irrespetuosa) de Maquiavelo, por la historia o las historias circulantes en su tiempo. Se le hace patente, desde entonces, la necesidad de la crítica histórica, que nadie antes habría juzgado necesaria. A esta reflexión llega por la necesidad de relegar a la fortuna a su lugar debido. Pero el mérito de este atisbo de modernidad, nadie puede disputárselo. Hoy la crítica histórica es una actividad *sui generis*, no absorbida por la filosofía de la historia, como quería Voltaire, y *si dividida* en varias ramas y aspectos, y auxiliada por todas las ciencias de observación y de experimentación. En nuestros días hemos hecho rectificaciones increíbles tanto en la historia general, como en la de nuestro pueblo, con la sola observación y análisis crítico de las diversas fuentes, y su comparación muy cuidadosa. Pero la inteligencia crítica de Maquiavelo es la que inicia esta actividad, al sentir el fermento de desconfianza sobre su pagana amiga, la fortuna.

No es sin embargo, este el único aspecto valioso de las reflexiones de Maquiavelo sobre la Historia.

Por una parte, ya vimos cómo le preocupa el fundamento económico de los más variados sucesos, y cómo quiere poner al hombre en su justo lugar natural en el curso de la historia y del mundo, y del cosmos. Los resortes del hambre y de la codicia son bien mirados por Maquiavelo; la condición natural del hombre, que como ya vimos antes, le cuesta a Montesquieu dificultades muy serias de orden político religioso doscientos años más tarde, llegan en Maquiavelo a juicios que deben haber escandalizado a los espíritus pobres de su tiempo. Leamos lo siguiente:

"No creo que dude nadie de que han existido inundaciones, hambre y epidemias, pues de estas plagas dan cuenta todas las historias, y explican el olvido de tantas cosas de la antigüedad. Parece razonable que tales cosas sucedan, pues la naturaleza obra como los cuerpos de los seres, que, cuando acumulan muchas substancias superfluas, tienen repetidos movimientos espontáneos para expelerlas y recobrar la normalidad de la vida. Así sucede en este cuerpo mixto de la generación humana, que cuando una comarca está demasiado poblada, de suerte que los habitantes ni pueden vivir, ni salir de ella por estar pobladísimas las demás, y cuando la astucia y la malignidad humanas

han llegado al colmo, resulta indispensable que se aminore la gente por alguna de las citadas plagas, para que, quedando pocas personas y abatidas, tengan más medios de vivir y sean mejores."

Esto se pudiera llamar hoy "teoría biológica de las catástrofes", y en nuestros días se le agrega la guerra como otro de los medios de disminuir el exceso de población. Si esta teoría es válida, cabe al hombre contrarrestarla con su inteligencia y con su ciencia, pero desgraciadamente, aunque parece haber contrarrestado las inundaciones, las hambres y las epidemias, ni su talento ni su ciencia le han alcanzado para contrarrestar las guerras, antes al contrario, las ha acrecentado en extensión, en horror y en crímenes.

Son ya dos los aspectos que, de teorías sobre filosofía de la historia corrientes hoy, hemos observado en Maquiavelo: su atención a los problemas económicos y sus pensamientos sobre "la fortuna" como factor de la Historia. Ahora investigaremos una tercera: las mutaciones inevitables, el cambio continuo, el devenir incesante de la humanidad. En el sumario del libro V de la Historia de Florencia, el primer subtítulo dice:

"Vicisitudes que los gobiernos sufren por la continua mutación propia de las cosas humanas."

Dentro: "Suelen los pueblos muchas veces, por las variaciones que sufren, pasar del orden al desorden, y después, del desorden al orden; porque no siendo natural en las cosas humanas detenerse en punto fijo, cuando llegan a suma perfección, no pudiendo mejorarla, degeneran; y de igual suerte acontece que cuando, por los desórdenes, llegan a suma bajeza, siendo imposible que desciendan más, por necesidad mejoran. Así pues, del bien se desciende al mal y del mal se asciende al bien. —La virtud produce la tranquilidad, ésta el ocio, el ocio el desorden y el desorden la ruina; y de igual manera de la ruina nace el orden, del orden la virtud y de esta la gloria y la buena fortuna. Por ello los hombres sensatos han observado que las letras llegan después que las armas, y que en las naciones y en las ciudades aparecen primero los capitanes que los filósofos. Cuando los ejércitos valerosos y disciplinados alcanzan la victoria y ésta produce la tranquilidad, el vigor de los espíritus, preocupados antes con las armas, no se calma con otro ocio honesto que el de las letras, ni con mayor y más peligrosos engaño entra el ocio en las ciudades mejor ordenadas.

Este profundo pensamiento podría ser firmado por muchos de los filósofos contemporáneos. Desde Heráclito hasta nuestros días, la hu-

manidad no ha metido las manos dos veces en las mismas aguas. Siempre está mudando, y a veces en total oscilación de los contrarios. De extremo a extremo se realizan cambios entre las organizaciones y pásase de una prácticas y de unas teorías a las diametralmente opuestas. Esta observación es preciosa en nuestros tiempos, y en los de Maquiavelo es sencillamente, audaz. Esta dialéctica maquiavelista es un problema contemporáneo. Para postularla se necesita una larga reflexión sobre todo lo que de historia podía conocerse en su tiempo y en su momento. Mas, la contradicción que más hondo llega a la reflexión filosófica de Maquiavelo, es la que ha vivido Italia en los últimos dos mil años. Del régimen republicano antiguo, al Imperio, para pasar después ¡al feudo!, al más absolutamente opuesto de los sistemas que podría haber adoptado Italia, al más contrario a su intrínseca manera de ser. Por eso Florencia debe cuidar y conservar su organización; por eso Florencia es como un islote de autenticidad en medio de la falsedad del resto de Italia. Por eso en Florencia se inicia el Renacimiento, el llamado a lo auténtico y a lo propio que ha sido ahogado por lo exótico y lo espúreo. Por eso Maquiavelo prefiere un rey, un emperador, hasta un tirano, con tal de abolir el odioso e inexplicable sistema feudal, inexplicable en Italia, y absolutamente inadecuado a la anchura de su pensamiento, a la magna extensión universal de sus aspiraciones. Tal vez en este párrafo se encuentra el más íntimo pensamiento de Maquiavelo, y el más profundamente filosófico de sus postulados.

El hombre puede influir en los cambios de la historia, y, uno de los que mejor pueden hacerlo, es el reformador de las leyes.

A instancias del Papa León X, escribe un discurso sobre la Constitución de Florencia, discurso en el cual estima tanto la labor del reformador de las leyes para su mejoría, que dice:

“Y, por otra parte, ninguna acción humana tiene mayor precio que las encaminadas a reformar con leyes e instituciones las repúblicas y los reinos, y después de los dioses, éstos bienhechores de la patria, son los más alabados. . . . El cielo no puede conceder a un hombre don más preciado que éste, ni puede mostrarle obra más gloriosa.”

Aquí pasamos ya a la suprema autoridad de la ley, al pensamiento jurídico que era para el romano como el aire que respiraba. Un poco despectivamente, se ha dicho de los romanos, que sus principales figuras

fueron abogados o militares. Que no produjeron pensadores de primera línea ni artistas originales, como los griegos. Mas veamos la significación que la ley, la organización social, la regulación de la práctica, tienen para un auténtico romano, como fue Maquiavelo: "ninguna acción humana tiene mayor precio que las encaminadas a reformar (es, decir, volver a formar) con leyes e instituciones las repúblicas y los reinos". La ley es la formadora de una nación, de un país. La ley es la base de la convivencia humana civilizada, contra el capricho personal del señor feudal. Aquí palpamos una de las ocasiones en que el individualismo de Maquiavelo se transforma en un colectivismo legalista, sólo por su profunda estimación ancestral de la ley como organizadora. Estos otros dos párrafos, entresacados de sus diversas opiniones y juicios sobre las leyes, ilustran aun más lo que la organización legal de la humanidad significa para Maquiavelo:

El título del capítulo XLV de los Discursos sobre Tito Livio es: "Es de mal ejemplo no observar una ley hecha, máxime si son sus autores quienes dejan de cumplirlas; y peligrosísimo para los que gobiernan un Estado tener en continua incertidumbre la seguridad personal."

Dentro, líneas más abajo: "...pues creo que lo de peor ejemplo en una república es hacer una ley y no cumplirla, sobre todo si la inobservancia es por parte de quien la ha hecho."

Algunas páginas más adelante: "Pero volviendo a lo dicho al principio de este capítulo, añadiré que en la creación de nuevas autoridades se debe tener en cuenta que, si en las ciudades cuyas instituciones han sido libres desde la fundación y se han gobernado por sí mismas, como Roma, es muy difícil dictar buenas leyes para mantener la libertad, no es maravilla que aquellas cuyo principio fue la servidumbre tengan, no dificultad, sino imposibilidad de organizarse para vivir libres y tranquilas."

Así ha sucedido en Florencia. Fundada bajo el poder del Imperio Romano y viviendo después sujeta a gobiernos extranjeros, mientras estuvo de esta suerte no pensó en su libertad. Posteriormente, cuando llegó la ocasión de emanciparse, comenzó a formar su constitución que, siendo mezcla de leyes buenas y nuevas con antiguas y malas, no podía ser perfecta. Tal y como es, subsiste desde hace doscientos años, si la memoria no me es infiel, sin que haya sido reformada en ningún caso de modo que pueda verdaderamente llamarse Constitución republicana."

Si en el párrafo primero sobre las mutaciones de las cosas humanas, pareciéramos Maquiavelo un fatalista, en estos últimos párrafos nos muestra el poder y la importancia de la actuación humana traducida en leyes que pueden modificar o ayudar a modificar a los Estados. Tal vez por esto Montesquieu escribe más tarde su "Espíritu de las Leyes" y encuentra en ellas el desenvolvimiento de la historia. No es, en manera alguna, la única influencia ejercida por Maquiavelo. También en Federico Nietzsche se encuentran muy claras huellas de Maquiavelo, sobre todo en ciertos puntos de vista sobre el cristianismo, que son comunes a ambos.

La necesaria abreviación que exige este trabajo, nos obliga a tocar otros aspectos importantes de la obra de Maquiavelo. Nos referiremos a sus opiniones sobre la guerra y la paz, sobre la milicia, y sobre el ejercicio de las armas. Como para comprobar la censura contra los romanos que he mencionado más arriba, Maquiavelo, que se ha ocupado de la importancia de las Leyes, se ocupa también del Arte de la Guerra, es decir, de la milicia. Mas, el fondo de esto, es el mismo de toda la obra maquiavélica: la necesidad de usar de nuevo los procedimientos y las actividades que usó Roma para llegar a recuperar la grandeza de la que disfrutara durante su historia entera.

En los momentos históricos que vive Maquiavelo, han desaparecido, por supuesto, los ejércitos, los cuales han sido substituídos por tropas mercenarias. Esto es otro de los resultados del feudalismo, el cual necesita pequeños grupos armados, pagados por el señor feudal, para que protejan sus personales bienes e intereses. De sobra conocidas son las inconveniencias de toda tropa mercenaria, pero esta soldadesca medioeval llegaba a ser un factor de guerra. Menos perjudicial, desde luego, que los actuales factores de guerra: (grandes industriales de la guerra, y poderosos señores del dinero) constituían, en verdad, una repugnante institución de ferocidad sobre los pueblos inermes.

Véase cómo la describe Maquiavelo:

"Dedicados todos ellos al ejercicio de las armas, habían hecho una especie de liga y convenio para convertir su profesión en arte de prolongar las guerras de tal suerte, que tan perjudiciales resultaban a los vencidos como a los vencedores. Redujeron al fin la profesión militar a tanta vileza, que cualquier capitán de mediana capacidad, con sólo poseer un destello de la antigua virtud militar, les habría hecho perder su fama, con grande admiración de Italia, que, por su

poca prudencia, los honraba. —De estos príncipes ociosos y de estos ejércitos envilecidos hablaré; con frecuencia en esta historia . . .”

Lo primero que Florencia debía hacer, según Maquiavelo, era restaurar su ejército nacional, bajo bases y reglamentos semejantes a los que tan excelentes resultados habían producido a Roma.

Los tiempos iban haciendo forzosos a los ejércitos nacionales, es decir, la reconsolidación de los países en grandes Estados, iba haciendo poco a poco imposible el uso de tropas mercenarias. Florencia debería conocer su tradición, los ilustres hechos guerreros de sus antepasados romanos, la ciencia y el arte de la guerra tal como la practicaran los romanos, y, mejorando y modernizando procedimientos, convertirse en una “potencia militar”, como se llaman hoy los países que han acumulado fuerzas de guerra. Florencia no podría prescindir de organizar su ejército nacional, para disfrutar de todas las ventajas que a sus países procuran los ejércitos así organizados. Para esto, Maquiavelo, se pone a estudiar con cuidado minucioso, el arte de la guerra, y escribe sobre él una obra:

“Juzgando, por lo que he visto y leído, que no es imposible restablecer las antiguas instituciones militares y devolverles en cierto modo su pasada virtud, he determinado . . . escribir para los amantes de la antigüedad lo que yo sepa del arte de la guerra . . .”

No es, en cambio, Maquiavelo, lo que pudiera llamarse un “militarista”. De ninguna manera puede llamársele así, puesto que lo que censura es precisamente el militarismo de sus tiempos. Lo que debe imitarse de lo antiguo, son las virtudes. Pero, esas virtudes en este momento escandalizarían a la gente “Porque hemos nacido en un siglo tan corrompido” (Arte de la Guerra). Sin embargo, es posible imitar lo bueno y dejar a un lado lo malo de la antigüedad. Del mismo Arte de la Guerra son estas palabras:

“Cosme. . . ¿En qué cosas querriais imitar a los antiguos?”

“Fabricio:—En honrar y premiar a la virtud, no despreciar la pobreza, estimar el régimen y la disciplina militar, obligar a los ciudadanos a amarse unos a otros y a no vivir divididos en bandos o partidos; preferir los asuntos públicos a los intereses privados, y en otras cosas semejantes que son compatibles con los actuales tiempos. No es difícil persuadirse de la utilidad de tales reformas, cuando seria-

mente se piense en ellas, ni establecerlas apelando a los medios oportunos, porque su utilidad es tan manifiesta que todos los hombres la comprenden. Quien tales cosas hiciera, plantaría árboles a cuya sombra se podría vivir más feliz y contento que en esta que ahora nos defiende de los rayos del sol."

¿Quién podría, al leer esta recomendación de imitaciones, tachar a Maquiavelo de inmoral, y quién no reconoce en él al crítico social y al patriota?

Otro párrafo nos demuestra su juicio sobre el militarismo:

Como título: "La prolongación del mando militar causó la pérdida de la libertad en Roma". Dentro: "Estudiando bien el gobierno de la república romana, veránse las dos causas que produjeron su decadencia. Fue una de las cuestiones y disturbios ocasionados por la ley agraria, y otra la prolongación de mandos."

De suerte que él juzga necesario el ejército nacional, pero organizado para recuperar las virtudes que con él, practicó Roma.

Tampoco es un belicista, pues condena la guerra siempre que viene a cuento, denunciando sus horrores, sus crímenes, y sus desastrosas consecuencias. Ya vimos un texto en el que censura el que los soldados mantengan la guerra para vivir de ella. Ahora critica a las autoridades, o describe cómo son criticadas por provocar una "guerra innecesaria":

"Prevaleció la opinión de los que querían prepararse para la guerra, sobre la de los que deseaban continuarse la organización propicia para la paz; nombraron los Diez; asoldaron tropas y establecieron nuevos impuestos. Por gravar éstos más a los ciudadanos de las clases inferiores que a los de las superiores, fueron objeto de numerosas reclamaciones, censurando todos la ambición y avaricia de los potentados y acusándolos de que, para satisfacer sus ambiciones y oprimir al pueblo, provocaban una guerra innecesaria."

En estos dos párrafos podemos ver cómo los problemas que nuestro sabio analiza, son semejantes a los problemas de la guerras de hoy, solamente que a los actuales parece haberseles aplicado una lente de aumento, de un gran aumento.

Ya podemos afirmar, con la sola estimación de estos breves textos, cómo es Maquiavelo un gran demócrata, un verdadero demócrata al que deben consultar muchos de los que hoy presumen de serlo. Mas, para

terminar con el estudio del pensamiento democrático de Maquiavelo, no hemos de dejar de considerar lo siguiente:

“No es el bien particular, sino el bien común lo que engrandece a los pueblos, y al bien común únicamente atienden las repúblicas. En ellas sólo se ejecuta lo encaminado al provecho público, aunque perjudique a algunos particulares; pues son tantos los beneficiados, que imponen las resoluciones a pesar de la oposición de los pocos a quienes dañan. Lo contrario sucede en el régimen monárquico. La mayoría de las veces lo que hace el príncipe para sí es perjudicial para el Estado, y lo que hace por el Estado es opuesto a su personal interés..

De todos estos textos de Maquiavelo, escogidos con propósito de presentar aspectos poco conocidos de su pensamiento, (llamo poco conocidos a los que solamente lo son entre los eruditos especialistas), creo haber tenido éxito al hacer pensar a los lectores en un Maquiavelo distinto al que se les había descrito, de segunda o tercera mano, como un monstruo de maldad. En vez de ese monstruo hemos encontrado a un historiador concienzudo, que desmenuza en crítica escrupulosa las afirmaciones de la historia; a un investigador de la historia de su propio pueblo; a un crítico social, que fustiga tanto a los poderosos, como a los ricos, como a los gobiernos, como a los príncipes; que critica los vicios o los expone ante el mundo entero en irónica y ridícula evidencia; a un verdadero moralista crítico, en manera alguno preceptivo, es decir, ni prescribe, ni aconseja, ni ordena, ni pontifica, ni amenaza, ni engaña: solamente critica, y esto lo hace más temible que si lo anterior hiciera. Encontramos además a un filósofo de la historia de primera línea, que sustenta teorías y hace reflexiones, las cuales tienen hoy una gran actualidad; a un legislador, un legalista y un estatista, que postula un Estado perfecto para la mejor forma de vivir del hombre.

Pero de todo esto, lo más notable, y en él un poco desconcertante, es que, dentro de su rigurosa frialdad científica, en medio de su personal amargura por la poca fortuna de su vida y por la escasa estimación que a su talento le tenían los poderosos, es su patriotismo, un sentimiento de lo más delicado y de lo más inesperado en tan rígido pensador. Su amor a Florencia y a Italia inspiran la mayor parte de sus obras. Es amor, sentimiento fino y profundo, apoyado en inteligencia y en sabiduría, el que lo lleva a estudiar las causas de las desdichas de su patria floren-

tina y de su gran patria italiana. Por patriotismo censura a los malos italianos y a los malos florentinos; por patriotismo estudia y comenta las más remotas antigüedades de su patria, tanto las etruscas como las latinas; por patriotismo aconseja volver a las prácticas romanas y restaurar las antiguas virtudes; por patriotismo, en fin, se dedica a estudiar algo tan arduo y aparentemente tan lejano de sus actividades, como el arte de la guerra, en el que no es docto, pero se hace, para que su patria se convenza de la necesidad de armarse también por patriotismo, y no por mercenaria paga.

Por supuesto que no deja de hacer notar el patriotismo general del pueblo florentino, en forma harto clara, cuando relata la actitud de los florentinos ante sus desterrados políticos:

“Y fue cosa notable que aquéllos que poco antes, cuando sin armas rogaban los desterrados que les admitieran en su patria pelearon porque volviessen, cuando les vieron armados, queriendo apoderarse por fuerza de la ciudad, empuñaron las armas contra ellos. ¡Tanto preferían aquellos ciudadanos a la amistad privada la utilidad común! Unidos con todo el pueblo, les obligaron a volver a donde antes estaban.

“A todos hiede esta dominación de los bárbaros”, dice al terminar el príncipe, y excita a Lorenzo el Magnífico a emprender, a la sombra de su bandera, el ennoblecimiento de la patria, y en otro arranque lírico, remata su obra con el antiguo verso de Petrarca, otro italiano renaciente, a quien mencionamos al principio de este modesto estudio, quien afirma que el valor antiguo todavía no muere en el corazón itálico.

Si hemos logrado despertar la curiosidad por conocer la obra total de Maquiavelo, y el deseo de rehabilitar su nombre y su memoria en nuestro lenguaje y en nuestro pensamiento; si he logrado que los lectores aspiren a revalorizar por sí mismos la alta calidad de este personaje universal, de quien podemos todavía buscar consejos, habremos cumplido nuestro principal objetivo al emprender esta grata labor, cuyo galardón mayor será la perfecta comprensión de la inscripción con que empezamos este trabajo, y que será muy propia para terminarlo:

“A Maquiavelo, precursor audaz, inspirado, de la unidad nacional; al primero que enseñó a su patria a servirse de sus propias armas.”

P. GÓMEZ ALONZO